

LA CATEQUESIS EN LAS PROCESIONES. DE LA IMAGEN A LA PALABRA

Barbastro, 18 de septiembre de 2010

Pedro Escartín Celaya
Vicario General de la Diócesis
de Barbastro-Monzón

1. ¿Cuál es la tarea peculiar de la catequesis?

El Directorio General de Catequesis¹ supone que cuando la fe ya ha sido anunciada y acogida, cuando ya ha tenido lugar ese momento privilegiado de la evangelización que es la propuesta de Jesucristo como único Señor y Salvador (tiempo del kerigma), llega en el itinerario cristiano el prolongado tiempo de la catequesis, cuya finalidad es ilustrar la fe que ya ha sido anunciada y acogida, ayudando a que penetre en lo hondo de la persona y se haga vida. Por lo tanto, las tareas fundamentales de la catequesis son: *ayudar a conocer, celebrar, vivir y contemplar el misterio de Cristo*. Una actuación compleja, que trata de comprometer al mismo tiempo la inteligencia (saber más y mejor) → el corazón (querer / sentir) → y la acción (actuar).

Si ahora fijamos nuestra atención en las catequesis que imparten nuestras Parroquias, se comprenderá mejor lo que acabo de decir. Tomemos como paradigma la catequesis preparatoria para la iniciación de los niños en la Eucaristía, lo que familiarmente llamamos “catequesis de la Primera Comunión”.

- Los niños convocados a esta catequesis están bautizados, es decir, han sido iniciados en el misterio cristiano mediante el Sacramento del Bautismo y se supone que sus padres han despertado en ellos el sentimiento religioso, la experiencia de Dios como Padre y el gusto por la oración².
- Sobre esta base la catequesis realiza eficazmente las tareas señaladas: ayuda a conocer a Jesucristo más y mejor, con profundidad, favoreciendo actitudes de admiración, amistad, gratitud, imitación...; ayuda a celebrar la presencia de Jesús entre nosotros, particularmente, por medio de la Eucaristía dominical, a la que los niños empiezan a asistir regularmente y en la que son iniciados mediante una participación activa acomodada a su edad y condición³; ayuda a seguir e imitar a Jesucristo en la propia vida, mediante propuestas de actuación moral inspiradas

¹ Aprobado por el papa Juan Pablo II en el año 1997. Vid. n. 85.

² Desgraciadamente, esto no es siempre así. Cuando los padres, a pesar de haber pedido el Bautismo para sus hijos, no se preocupan por despertar en sus hijos estos sentimientos de encuentro con Dios, la catequesis de la Primera Comunión se encuentra con un déficit y un vacío que no siempre logra salvar satisfactoriamente, ya que tiene que dedicar mucho tiempo y esfuerzos para anunciar a Alguien que es un extraño para los niños y no ha entrado ni dice nada a sus vidas.

³ Es frecuente que la celebración de Misas especiales con niños sea un momento clave de esta catequesis.

en la forma de vivir de Jesús; y ayuda, por fin, a contemplar el misterio de Cristo favoreciendo momentos de oración sabrosa y personal con el Señor.

Ahora bien, estas tareas catequéticas son las mismas que, *mutatis mutandis*, deben realizarse en las catequesis con los jóvenes (en la edad de la Confirmación, por ejemplo) y con los adultos. Variarán la hondura y cantidad de conocimientos, los métodos pedagógicos y la intensidad o riqueza de las celebraciones; pero las tareas: *ayudar a conocer, celebrar, vivir y contemplar*, son las mismas.

Es posible que, llegados a este punto, alguien piense que me he equivocado de auditorio o de tema. Temo que, en cualquier momento, alguno de ustedes se ponga en pie y me haga notar que estoy en un Encuentro de Cofradías Penitenciales de Semana Santa y no en un encuentro de Catequistas. ¡Tranquilos! No me he equivocado de auditorio.

Lo que ocurre es que para que podamos reflexionar sobre el tema que se me ha propuesto: «*La Catequesis en las Procesiones*», me ha parecido útil recordar cuál es la tarea propia de la Catequesis, y advertir, al mismo tiempo, que en la Iglesia la Catequesis ha tenido siempre diversos cauces.

El más propio y, en cierto modo, más perfecto, es el de las catequesis pautadas por edades y momentos sucesivos del proceso de iniciación cristiana, al que me he referido antes. Pero hay otros cauces complementarios, que son de mucha utilidad para impulsar la vivencia del misterio cristiano. Uno de ellos, que además considero privilegiado, es el de las procesiones penitenciales de la Semana Santa.

2. Las procesiones, camino de conversión y manifestación de fe.

Sobre las procesiones también hay que hacer una consideración previa. Éstas tienen carta de naturaleza en la vida de la Iglesia desde muy antiguo. Enlazan, por una parte, con el estilo y la naturaleza peregrinante del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento⁴, y por otra responden a las necesidades de la psicología religiosa que tiende a manifestar públicamente lo que ha impactado profundamente la vivencia interior de todo un pueblo.

Entre las procesiones hay que hacer algunas distinciones, que en gracia a la brevedad las reduciré a dos: las procesiones *litúrgicas* y las *no litúrgicas*. Las primeras están perfectamente pautadas en los libros litúrgicos y forman parte de la acción sagrada. Pensemos en la procesión del Domingo de Ramos, tan integrada, desde comienzos del siglo V en Jerusalén, en la liturgia con la que se inicia la Semana Santa; la procesión con el Cirio en la Vigilia Pascual que introduce en medio del templo, triste y oscurecido por la celebración de la pasión y muerte del Señor, la nueva luz que es Cristo resucitado; o la procesión del Corpus Christi, verdadera prolongación de la Eucaristía solemne de esta fiesta, iniciada en Lieja en el siglo XIII para reafirmar públicamente la fe en la presencia real y permanente de Jesucristo en el pan y el vino eucarísticos. Y así, otras que podrían reseñarse.

⁴ Cuarenta años de camino por el desierto hasta alcanzar la Tierra Prometida dieron a aquel pueblo el modo de ser propio de quien está en camino hacia una meta ardua pero apetecible. La Iglesia ha heredado esta mentalidad: «Somos un pueblo que camina / y siempre caminando podremos alcanzar / otra ciudad que no se acaba / sin penas ni tristezas / ciudad de eternidad».

Las procesiones no litúrgicas tienen el carácter de ejercicios piadosos, al no estar ligados a una celebración litúrgica propiamente tal; frecuentemente han nacido de la piedad popular; son muy variadas y, en cualquier caso, se realizan bajo la responsabilidad pastoral del Obispo diocesano. Su influjo sobre la vida religiosa de un pueblo puede llegar a ser muy grande por la solemnidad y emoción que provocan. Lejos de dejar que se degraden en puras manifestaciones folklóricas, hay que cuidar para que proclamen adecuadamente los misterios de la fe, introduzcan a los fieles en la oración y les encaminen a una celebración más consciente y fructífera de la liturgia⁵. En este sentido es en el que he dicho antes que las *Procesiones Penitenciales de la Semana Santa* son un instrumento *privilegiado* para la catequesis.

Éstas adquieren un lugar preferente entre las procesiones no litúrgicas. En ellas concurren de un modo eminente algunos aspectos que conviene destacar:

- Participan del espíritu de las celebraciones litúrgicas, en cuanto que se centran en los diferentes «pasos» o momentos del misterio de la pasión y muerte del Señor, sólidamente testimoniados por los escritos evangélicos, y ayudan a vivirlos con intensidad.
- La puesta en escena produce un plus de emoción religiosa, que, si bien es preciso mantener en sus justos límites, nunca debe ser marginada en la piedad de los cristianos, pues creer es confiar, y la confianza produce sentimientos de identificación y seguimiento, que o son amasados con la emoción (es decir: llegan al corazón) o quedarán en el nivel intelectual de la persona, en la azotea, alejando el misterio cristiano del corazón.
- Por ello pueden impulsar momentos especialmente hondos de oración personal, de meditación contemplativa, tan necesaria en la vida cristiana.
- Y con la ayuda de una sabia pedagogía encaminarán a los fieles a la participación activa en las celebraciones litúrgicas, donde lo representado en la procesión se hace realidad por la presencia real, misteriosa y actual del Señor a través del Sacramento que se celebra.

Vividas de este modo, nuestras *Procesiones* son un instrumento catequético de primer orden. ¿Qué duda cabe de que, a través de su diversidad y coincidencia, cumplen las tareas fundamentales de la catequesis que más arriba he señalado: las de *ayudar a conocer, celebrar, vivir y contemplar el misterio de Cristo*. Dado el limitado tiempo de mi intervención no puedo desarrollar más ampliamente este punto, que, por otra parte, es bastante evidente.

3. La catequesis de las procesiones.

El *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*⁶ señala diversos momentos o «pasos» del misterio pascual, la principal celebración de nuestra fe, que la piedad del pueblo ha enriquecido con diversidad de ritos, procesiones y encuentros oracionales. Sin ánimo de ser exhaustivo, señala los siguientes:

⁵ Así se expresa A. G. Martimort, uno de los principales representantes del movimiento litúrgico, que tuvo un influjo decisivo en los trabajos del Concilio Vaticano II en orden a la renovación litúrgica. Cf. A.G.Martimort (ed.) *L'Église en prière. Introduction à la Liturgie*. Desclée & Cie, Tournai, 1961, pp. 635 ss.

⁶ Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia, publicado con la aprobación del papa Juan Pablo II, Ciudad del Vaticano, 2002.

- el Vía Crucis,
- la procesión del «Cristo muerto»,
- otras representaciones de la Pasión de Cristo,
- el recuerdo de la Virgen de los Dolores,
- la «Hora de la Madre» para acompañar a María en la soledad del Sábado Santo,
- el encuentro del Resucitado con su Madre, en la mañana de Pascua.

Como puede comprobarse, el parentesco entre estos ritos populares, recogidos por el Directorio, con nuestras procesiones es muy grande. A unos y otras hay que aplicar las sabias normas del Directorio, buscando que se desarrollen «en un clima de austeridad, de silencio y de oración, con la participación de numerosos fieles, que perciben no pocos sentidos del misterio de la sepultura de Jesús» [o de los otros misterios representados]. (...) «Se trata de verdaderas “representaciones sagradas”, que con razón se pueden considerar un ejercicio de piedad. Las representaciones sagradas hunden sus raíces en la Liturgia. Algunas de ellas, nacidas casi en el coro de los monjes, mediante un proceso de dramatización progresiva, han pasado al atrio de la iglesia» [o a la calle]. (...) Pero «su realización no debe dar a entender que sean más importantes que las celebraciones litúrgicas del Viernes Santo o del Domingo de Pascua, ni dar lugar a mezclas rituales inadecuadas».

Cuando nuestras *Procesiones Penitenciales de la Semana Santa* participan de este espíritu y han sido tocadas por el carácter particularmente emotivo que les imprime la piedad popular, se convierten en un eficaz instrumento catequético, como he dicho antes. Permitidme ahora que, a modo de sugerencia, extraiga algunas condiciones para que nuestras procesiones lleguen a ser verdaderas catequesis. Lo diré de un modo casi telegráfico, dado el tiempo disponible y lo ya dicho hasta este momento.

En mi opinión hay que conseguir cuatro metas:

- Que las procesiones sean participativas, no meros espectáculos. Es preciso conseguir que los fieles intervengan y no sólo miren. Hay que hacer verdad el carácter peregrinante de nuestra condición cristiana, que tan bien se materializa en los desfiles procesionales.
- Que se inspiren en el misterio de la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo y no en otros episodios más o menos heroicos, aunque sean bíblicos, pero muy alejados de la Pasión del Señor.
- Que muevan los sentimientos del corazón de todos los participantes a padecer con Cristo (com-paceder).
- Que, por todo lo anterior, impulsen la conversión del corazón y conduzcan hasta la alegría pascual de la Resurrección.

La concurrencia de estos cuatro objetivos hará de nuestras procesiones un eficaz instrumento complementario de la catequesis reglada, que a lo largo del año se imparte en las Parroquias.

4. De la imagen a la Palabra.

A esta intervención los organizadores le han dado un segundo título, que no debo olvidar: «De la imagen a la Palabra». Frecuentemente se dice, y más en esta época de la cultura de la imagen, que *una imagen vale más que mil palabras*. Lo cual se cumple en nuestro caso hasta cierto punto nada más. Porque en nuestro caso, las mil

imágenes de nuestras *Procesiones* sirven para aproximarnos al misterio de *una Palabra*, una Palabra con mayúscula.

Se trata de una Palabra singular; aquélla a la que se refiere el evangelista Juan en el prólogo de su Evangelio cuando dice:

«En el principio la Palabra existía
y la Palabra estaba con Dios,
y la Palabra era Dios»

Juan utiliza la expresión «Palabra» para describir al que luego reconocerá como *Jesucristo* (verdadero hombre) y, sin embargo, *Hijo único que está en el seno del Padre* (verdadero Dios), por el que tenemos la posibilidad de ver y conocer el rostro de Dios.

Así lo dice explícitamente al comenzar el relato de la Pasión, cuando Felipe, uno del grupo de los Doce que todavía no lograba identificar la personalidad de Jesús, le dice: «Muéstranos al Padre y nos basta», y Jesús le responde: «¿Tanto tiempo estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (*Jn* 14, 8-11). Y así vuelve a escribirlo, poco antes de morir, a los miembros de sus comunidades:

«Lo que existía desde el principio,
lo que hemos oído,
lo que hemos visto con nuestros ojos,
lo que contemplamos y tocaron nuestras manos
acerca de la Palabra de vida,
—pues la Vida se manifestó,
y nosotros la hemos visto y damos testimonio
y os anunciamos la vida eterna,
que estaba con el Padre y que se nos manifestó—
lo que hemos visto y oído,
os lo anunciamos,
para que también vosotros estéis en comunión con nosotros» (*1 Jn* 1, 1-3)

Era difícil encontrar un término más adecuado que el de «Palabra» para expresar ese deseo de Dios de darse a conocer de un modo profundo, cálido y verdaderamente humano a través de un ser humano en el que su mismo Hijo se encarna. La palabra es justamente lo que identifica y diversifica al ser humano dentro del universo zoológico. La palabra nos resulta indispensable para formular nuestros sentimientos y fijar nuestros compromisos. La palabra explicita el sentido de los gestos y logra que sean inequívocos. En la palabra somos o nos negamos a nosotros mismos. Nada peor que ser considerado como *de poca palabra*; pero nada nos dignifica más que ser gente *de palabra*. Por ello resulta tan rica la expresión joánica de «la Palabra» para describir al Hijo de Dios enviado hasta nosotros.

Es la Palabra que «vino a los suyos y los suyos no la recibieron». Esta ceguera y rechazo los escenificamos, con el corazón encogido, precisamente a través de las múltiples imágenes de nuestras procesiones.

Esta Palabra bien vale mil procesiones, porque un día tras otro necesitamos ser interpelados por su presencia mendigante y enriquecedora a un tiempo; esa presencia testimoniada por el evangelista con expresión insuperable:

«Y la Palabra se hizo carne,
y acampó entre nosotros
y hemos visto su gloria,

gloria que recibe del Padre como Hijo único,
lleno de gracia y de verdad (...)
y de la que hemos recibido gracia tras gracia» (*Jn* 1, 14-16).

Esta Palabra que, como buenos cofrades, año tras año nos esforzamos en transmitir a otros a través de esas mil imágenes que la describen dramáticamente; y que cada día hemos de permitir que resuene en los repliegues de nuestra alma.

Por eso, nada me parece mejor para concluir mi intervención que recurrir a unas palabras humanas —en este caso hermosas, pero siempre pobres ante el misterio de Dios— que nos ayuden a reconocer la llamada permanente de esa divina Palabra:

Pastor, que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño;
tú que hiciste cayado de ese leño
en que tiendes los brazos poderosos.

Vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,
y la palabra de seguir empeño
tus dulces silbos y tus pies hermosos.

Oye, Pastor, que por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres,

espera, pues, y escucha mis cuidados.
Pero ¿cómo te digo que me esperes,
si estás, para esperar, los pies clavados?

Lope de Vega